

SEMIÓTICA Y SEMIOSFERA DEL CUERPO EN *BOQUITAS PINTADAS* DE MANUEL PUIG

Escalona, Xiomara*
Valderrama, Yajaira**
Universidad de los Andes
Venezuela

Resumen

En la novela el lector descubre un conjunto de información, un mundo lleno de ideas y saberes con distintos valores y culturas. Él al estar inmerso en ese mundo puede interpretar conocimientos y a la vez cumplir el rol de relacionar su información con el mundo exterior. Es por ello que nuestra investigación se llevo a cabo desde una interpretación semiótica de la corporeidad en *Boquitas Pintadas* (1968) del argentino Manuel Puig, aquí se analizó la semiosfera, la trayectoria del *sujet* en el acontecimiento a través del mundo mimetizado en esta novela, tomando en cuenta que la semiosfera es todo el espacio de sentido junto con los cambios donde el ser humano sufre y padece.

Palabras clave: cuerpo, semiótica, novela, *sujet*, identidad.

Abstract

In the novel the reader discovers a set of information, a world of ideas and knowledge with different values and cultures. He being immersed in that world can interpret knowledge while fulfilling the role of linking your information with the outside world. That is why our research was conducted from a semiotic interpretation of corporeality in *Painted Heartbreak* (1968) Argentine Manuel Puig, semiosphere analyzed here, the path in the event *sujet* throughout the world mimicked in this novel, considering that the entire space is semiosphere meaning with changes where human beings suffer and suffer.

Key words: body, semiotics, novel, *sujet*, identity

*Licenciada en Castellano y Literatura. Estudianmte de la Maestría en Literatura Latinoamericana (ULA-NURR) E-mail: xiocarolina@gmail.com / **Licenciada en Castellano y Literatura. Estudianmte de la Maestría en Literatura Latinoamericana (ULA-NURR), Encargada de la sub-red de las Bibliotecas del Estado Trujillo. E-mail: yajairavalderrama_82@hotmail.com

Finalizado: Trujillo, Noviembre-2012 / **Recibido:** Noviembre-2012 / **Aceptado:** Enero-2013

Introducción

La literatura es un arte donde utilizamos la palabra como principal medio de expresión y comunicación, nos permite imaginar, crear, soñar, construir mundos posibles, donde se pueden lograr muchas cosas e ir más allá a través de la memoria. Somos dueños de nuestra propia historia y algunas veces nos identificamos con algunos textos que hemos leído. A continuación Barreto señala: “La literatura es una proposición de mundos susceptibles de ser habitables” (Barreto, 2010, p.36). Por lo tanto, esas historias dejadas por grandes autores ya sea cuento, novela, mito, leyenda o poesía, se pueden leer partiendo de la percepción de cada individuo, es decir, la hacemos nuestra hasta tal punto de llegar a interpretarla y explicar lo leído para luego generar críticas o incluso, ideas diferentes. La literatura con su capacidad para crear mundos inexistentes o alternativos, es un medio para escapar de la realidad cuando esta resulta desagradable o incómoda.

En tal sentido, la investigación se abordó desde el texto narrativo de Manuel Puig (1932 – 1990), específicamente de su novela *Boquitas Pintadas* (1968)¹, teniendo como finalidad realizar un estudio de la semiótica y semiosfera del cuerpo de los personajes de dicho texto; siendo la semiótica más que una ciencia dentro del estudio representativo de un sujeto y/u objeto, ella permite estudiar la esencia de la corporeidad, de un cuerpo constituido por pasiones dentro del estado saludable o enfermizo, signos poseedores de carácter el cual amenaza otro signo en movimiento. El signo gira en un mundo donde la pasión de ese cuerpo remite una identidad narrada, en una primera instancia esta es individual y posteriormente es colectiva.

Para tal efecto, la investigación expone una interpretación de la semiótica de la corporeidad, donde el cuerpo es estudiado en

una semiosfera conformada por movimientos, se interpreta los significados de un cuerpo cercano a la muerte, también el carácter del personaje en la acción y en el acontecimiento, este posee pasiones, ahora bien: “La pasión es el punto de vista de quien es impresionado y transformado con respecto a la acción” (Fabbri, 2004, p.61).

Por consiguiente, nuestro estudio se centra en la semiótica del cuerpo este en estados diversos, uno enfermo con oposición a la figura de otro sano, pero esa sanidad no es del todo saludable, el individuo vive con una pasión maligna y esta pasión origina cambios. Al respecto tenemos: “La pasión origina, por ejemplo cambios de estados físicos del cuerpo. La vanidad tiene cierto color, la envidia otro” (Fabbri, 2004, p.68). Con el simple hecho de despertar el significado del sentido ocular, el cuerpo puede ser destruido. En relación a esto tenemos:

(...) los ojos son paraje privilegiado para la expresión de los efectos, desde los más positivos hasta los más destructivos, y es interesante observar cómo el lenguaje va señalando los distintos poderes de la mirada al expresar con sutileza la gama total de sus posibilidades en la expresión del espectro afectivo (Bordelois, 2008, p.84).

En efecto, el cuerpo puede ser derrumbado con una mirada o con enfermedades tan demoledoras como lo es la tuberculosis y el cáncer, la cual invade a dos de los personajes de *BP*, enfermedades que obligan al cuerpo a estar en la periferia, ser excluido de la sociedad, donde el contagio remite al sujeto a un aislamiento obligatorio, a un sufrimiento y necesidad de cuidado, por último este cuerpo lleno de tuberculosis o cáncer es arrojado a la muerte.

La semiótica es una “ciencia” que constituye el estudio tanto humano como animal, además de cualquier objeto que al ser signo produce un significado y un significante; estudiando el espacio, con sus cambios e intercambios de lenguajes, culturas,

¹ En este trabajo vamos a utilizar la obra correspondiente a la primera edición en Biblioteca Universal Formentor: abril de 1980. De ahora en adelante se abreviará *BP* en cursiva, seguida del número de página en caso de cita (*BP*: X).

generando nuevos sentidos, conduciendo a la comprensión de un mundo posible, en donde el ser no es sólo un intérprete, también es un crítico. Por lo tanto, no se puede construir un camino de investigación teórica sin proponer una teoría y sus definiciones; entonces la semiótica es quien cumplirá un modelo orientador, por tal razón se presenta diferentes discusiones en cuanto al campo semiótico, su existencia actual y los metalenguajes para así constituir la semiótica de la cultura.

Por ende, la semiosfera es la capa de signos que rodea el planeta, es el gran espacio viviente donde se mueven los signos humanos, todo lo traducido al sentido, todo lo trasladado al sentido y pasado al lenguaje como creación humana de un metalenguaje en el cual se intercambian, dando así una preparación de conocimientos y saberes al ser humano. En consecuencia, Lyons citado por Briceño plantea lo siguiente:

La semiótica una disciplina que se encarga de los hechos como efecto del sentido del lenguaje, acercándose al interior de las estructuras y de los procesos de significación, tanto individual como social. (2011, p.11).

No obstante, Semiótica y Semiosfera van de la mano, no pueden existir elementos o signos aislados, todo está conectado e interrelacionado dentro de un espacio y un tiempo determinado. La semiosfera es ese espacio donde se encuentran una infinidad de objetos o sistemas, que de una u otra manera deben estar constituidos para lograr estudiarlos, entonces si se encuentran por separado no se podrían trabajar. Según Barreto: “La semiosfera es la gran combinación social y cultural de los signos de la humanidad” (Barreto, 2010, p.40).

Desde esta perspectiva podemos decir, dentro de una obra narrativa y en particular la obra de Manuel Puig, se dio a conocer ese espacio semiótico a través de la semiosfera en cuanto a la trayectoria de cada personaje en la novela *BP*, partiendo de que en ese texto se narra una historia, unos acontecimientos,

donde los personajes tienen una identidad que se convierte en identidad narrativa asociada a una colectiva. En la novela se encuentra un mundo real o ficcional, estructurado, con sentido lógico; en ella está contenida una historia de la experiencia humana, es la vida de alguien relatada en esa novela, donde el lector comprende ese texto. Señala Lotman:

(...) el texto (...) es una representación de muchos estados del mundo, entre los, que se encuentra ese estado específico del mundo que es el hecho de que el texto este en comunicación con alguien. (1996, p.35).

En la actualidad, la semiótica ha vivido diversos cambios de ideas y opiniones, verificando conceptos que son la base al momento de aplicar un estudio semiótico. Existen dos aportes científicos surgidos desde el inicio de la semiótica, donde la primera según Peirce y Morris citados por Lotman dicen: “el signo es el elemento principal de todo sistema semiótico” (1996, p.21); mientras el segundo aporte, fundamentada en la tesis de Saussure y de la Escuela Praga, se basa en la contradicción de “la lengua y el habla (el texto)”.

Aunque estos elementos no signifiquen lo mismo, es decir, hay diferencias entre ellos, existe algo en común, lo cual nos conducen al texto. Lo mismo pasa con la semiótica, en primer lugar seleccionamos el objeto a analizar y lo tomamos como signo aislado, luego observamos todos los otros signos encontrados a su alrededor, verificando la relación existente, llevando una secuencia para así considerarlo y vincularlo con el objeto de estudio.

No obstante, en la rama de la semiótica existe la posibilidad de coincidir o encontrar similitud en algo que ya fue dicho anteriormente, por ende, el mundo semiótico puede ser considerado como el agrupamiento de diversos textos y lenguajes, constituyendo otros textos y lenguajes, pero con el mismo significado. Aunque el espacio semiótico, se debe tener en cuenta como el conjunto para el

funcionamiento de la unidad es importante la conformación de un “gran sistema” designado como semiosfera. Al respecto señala Lotman: “La semiosfera es el espacio semiótico fuera del cual es imposible la existencia misma de la semiosis” (1996, p.24). En este sentido, para obtener un estudio semiótico eficaz y un proceso signico particular, se debe tomar en cuenta la existencia de ese signo a partir del mundo rodeado en la semiosfera.

Al estudiar o analizar un objeto que se representa como signo, el ser humano como intérprete, busca el medio más lógico, para designarlo y así relacionarlo con otros objetos aplicables para luego interpretarlo. En este sentido, tenemos:

La semiótica, por tanto, no se ocupa del estudio de un tipo de objeto particular, sino del estudio de los objetos ordinarios en la medida en que (y sólo en la medida en que) participan en la semiosis. (Morris, 1985, p.28).

La lengua como el habla forman parte de un proceso comunicacional, debido al intercambio de mensajes, producidos por la universalidad de las lenguas naturales, además podemos interpretar el significado de cada lengua desde la propia semiótica. Desde este punto de vista, Revzin citado por Lotman propuso esta definición: “El objeto de estudio [*predmet*] de la semiótica es cualquier objeto [*ob`ekt*] que ceda ante los recursos de la descripción lingüística” (1996, p.22).

Todo debe relacionarse, no existe por si solo una separación al momento de una investigación semiótica, debido a que su función es trabajar como un todo, en donde un elemento conduce a otro y cada vez se hace más compleja dicha investigación hasta tratar de llegar a una posible propuesta, según Lotman: “Sólo funcionan estando sumergidos en un *continuum* semiótico, completamente ocupado por formaciones semióticas de diversos tipos y que se hallan en diversos niveles de organización” (Lotman, 1996, p.22).

De acuerdo con lo que plantea Lotman: “sin semiosfera el lenguaje no sólo no funciona, sino que tampoco existe” (1996, p.35). En la semiosfera, se encuentran distintos elementos constituidos entre si, en la cual debe existir un intercambio para el buen funcionamiento de esta. Es por ello, en el mundo de la semiosfera surgen diferentes espacios, donde el ser humano se va desarrollando y cambiando de acuerdo con los elementos que giran a su alrededor, intercambiando ideas, opiniones, conociendo otras culturas y es a través del lenguaje por el cual se logra ese intercambio, ya que la sociedad vive en un constante movimiento, es decir, por medio del lenguaje nos podemos relacionar con los factores o rasgos de otros espacios, interrelacionando culturas.

El cuerpo entre El “Idem” y El “Ipse”

No es solamente el objeto lo que estudia la semiótica, ella nos permite estudiar los signos encontrados en ese objeto, los reconocimientos producidos por el mundo literario y humano, esos signos poseedores de movimientos en un espacio de identidad y cultura, bien: “el signo no está articulado en varios niveles, sino que remite a otro signo constantemente” (Fabbri, 2004, p.80). Por consiguiente, esto nos conduce a la semiotización introductoria de la humanización, ella enmarcada junto a la corporeidad donde el lenguaje da paso a un proceso simbólico, que no se puede excluir de un estudio sincronizado entre la semiótica y el cuerpo.

En efecto, el cuerpo puede ser representado como símbolo de la belleza, de lo extraordinario, como también puede representar lo grotesco o decadencia permitiendo la percepción de sensaciones y pasiones las cuales hacen sensible al ser: “CUERPO. Todo pensamiento, toda emoción, todo interés suscitados en el sujeto amoroso por el cuerpo amado” (Barthes, 1991, p.80). Un cuerpo puede ser objeto de deseo o de rechazo, por su color o su forma, un cuerpo amado u odiado, sano o enfermo, cuerpos invadidos por las imágenes dejadas en el

tiempo, marcando la ubicación de diferentes rumbos, por circunstancias pasionales y sociales.

Podemos comprender como el factor tiempo viaja junto al cuerpo, dejando huellas en la medida en que alcanza su condición de existencia, esta marca da signos produciendo cambios en el “ipse”, en una experiencia de unión o desunión en esa posesión semiótica.

Por consiguiente, el acercamiento entre cuerpos despierta pasiones, hacen conjugar los signos, el cuerpo amado explora las pieles despertando el deseo que al ser saciado apaga la llama de ese fuego erótico, pero si el deseo no se ha consumido, esa llama puede seguir estando viva en los agentes imaginarios de esos cuerpos.

Hay diferentes espacios donde se crean manifestaciones de cuerpos, uno de ellos es dominado por las reglas impuestas en la sociedad, mientras que otros son dominados por una libertad sexual y al transcurrir esa historia, se presenta un amor, quizá imposible, esto por el espacio, pasión, tiempo y circunstancias; queda sólo el recuerdo de aquella pasión, ella marcó al pasado y a los cuerpos por su soledad y desdicha. Surgen los recuerdos de un momento, recuerdos transcurridos a través de la memoria. Tal como lo define Bravo: “La memoria es sin duda la capacidad de recordación de lo vivido, pero la repetición es el acto de vivir lo ya vivido” (Bravo, 1993, p.36) recuerdos que poseen esas líneas colmadas de mensajes guardados en el tiempo, retazos que ayudan a vivir lo que ha sido íntimo, aquel amor epistolar donde la palabra plasmo ese sentimiento.

En otro término, el cuerpo es palabra y acción, el acto de tocarlo y querer tocarlo accede a la elevación de imágenes purificando al ser de la lejanía; hay cuerpos juntos, amándose deliberadamente, cuerpos que dejan correr la sed de sus pasiones al desnudarse en el claro-oscuro de un cuerpo minusválido, un cuerpo pasional con su realidad externa e interna, un cuerpo sano o enfermo.

Es preciso indicar las patologías que esto radica, la alteridad producto de una enfermedad donde la identidad sufre cambios de rechazo o amenaza gracias al posible contagio producido mediante dicha enfermedad, produce un *sujet* del aislamiento, al cambio en su vivencia temporal, identificador de una salud señalada por su bajo potencial, por ende un cuerpo enfermo está entre el peligro de la individualización, él debe enfrentar los desafíos como consecuencia de esa enfermedad, de los contagios del signo de degeneración y olvido.

En este caso, el destino del signo es la mejoría o la muerte, el cambio de la existencia del cuerpo enfermo, un cambio al recuerdo o a la vida pasional; en efecto, ese signo es un factor de transformación en las relaciones propias del cuerpo en el pasado, presente o futuro, la enfermedad es aquí transformadora en el transcurrir del relato, porque el lector está al frente de una novela donde la catarsis aumenta o disminuye en la experiencia que el lenguaje transmite en el texto donde unos cuerpos declinan y otros se dejan llevar por la pasión.

En consecuencia, a través de la literatura creamos seres imaginarios en un mundo posible, como también viajamos a través del tiempo y él nos muestra al ser narrado, tanto en la historia como en la ficción, el individuo está en un constante cambio, gracias al tiempo, lo que pasó ayer no existe, ya forma parte de un pasado; lo de hoy es el presente, es como un relámpago o algo mágico, donde vives el momento y, el futuro, el mañana es impredecible. Así, la literatura, nos permite recorrer el mundo, encontrar historias narradas de la vida, de unos seres organizados en una estructura, con ciertas descripciones de rasgos o características de esos personajes habitantes del espacio en un momento determinado.

El *sujet* en el acontecimiento tiene movimientos marcados en la existencia de un ser del relato, donde alguien es identificado, identidad descrita en torno a lo encontrado a

su alrededor, en el carácter y en los cambios sufridos, factores del tiempo en el transcurrir de la historia. Sin embargo, existe un elemento fundamental en el individuo como lo es el cuerpo, ese cuerpo tanto interno como externo va transformándose; en consecuencia, el ser tiene una identidad individual, luego se convierte en identidad narrativa, es aquí donde entran dos aspectos importantes en el agente narrado, como lo es el “idem” y el “ipse”², además de vincularse con el carácter, el cual constituye los rasgos o características presentadas como signos de un personaje, donde se reconoce la identidad de este, lo que permite reconocerlo a sí mismo y en el otro.

Las manifestaciones de la alteridad, permiten al personaje adquirir otros rasgos, convirtiéndose así en otro y que a la vez es el mismo pero desde otra perspectiva, asumiendo diferentes elementos y luego se transforma en cultura; entonces el “idem” y el “ipse” muestran confusión.

En este sentido tenemos el “idem” y el “ipse” como conceptos fundamentales dentro de la identidad narrativa, cuando estos van de la mano, uno encubre al otro, en efecto: “no se puede pensar hasta el final el idem de la persona sin el ipse, aun cuando el uno encubra al otro” (Ricoeur, 1996, p.116). Porque al leer un relato, dicho acto conlleva al lector a una “mismidad” y a una “ipseidad”, partiendo de que la “mismidad”, es la identificación con ese relato, en otras palabras, se refiere a la identidad de uno mismo o de un sí mismo y la “ipseidad” es cuando la condición del ser choca con el contenido de ese relato, es decir, partiendo de ese conflicto se afirma mi identidad de la misma manera; la “mismidad” se refiere a la condición de ser uno mismo, mientras la “ipseidad” da cabida

2 Paul Ricoeur en su libro *Sí mismo como otro* (1996) expone en el campo de la identidad narrativa dos conceptos primordiales para la reflexión hermenéutica, el “Idem” y el “Ipse”, el primero entendido como una relación conmigo mismo, es el signo en ese mundo alterado por otro signo donde el cambio no produce una alteración total en sí mismo; el segundo es lo otro, lo que amenaza o confirma al “idem”, pues el “ipse” pretende remediar esto con lo otro.

al reconocimiento de sí mismo por medio del descubrimiento del texto.

Un cuerpo es una productividad de sentido porque él da lugar al juego de las representaciones, no siempre son gozo y placer, pero en cualquiera de los casos es un sinónimo de procesos constructivos de la identidad, en ella la cultura y sus códigos simbolizan la diversidad del ser humano. La semiótica permite estudiar un cuerpo, una pasión-acción, así lo indica Fabbri: “no hay pasión sin cuerpo. Basta con leer cualquier descripción, incluso en un vocabulario, de una pasión determinada, para encontrar algo referido a la corporeidad” (Fabbri, 2004, p.67); se abre la posibilidad de emprender una búsqueda a través del lenguaje y lo que él representa, el cuerpo permite tener acceso a realidades simbólicas llevándonos a la crítica, comprensión o reflexión. El cuerpo se hace signo.

El signo representado por el lenguaje puede ser asociado a los signos proyectados por los cuerpos de la vida humana y la de un texto, porque el texto en la narrativa nos señala un conjunto de personajes a través de cuerpos “activos”, ellos juegan en la significancia de cada objeto estudiado en la pluralidad del lenguaje, en efecto:

La semiótica no anda descaminada al mantenerse firme en su existencia de progreso e investigación, de superación de los viejos esquemas semiológicos y cognitivos para hacer un estudio de los progresos y el cuerpo en el lenguaje. (Fabbri, 2004, p.97).

Pues, el cuerpo sufre y padece los grandes cambios vividos en la humanidad, donde el “idem” y el “ipse” juegan un papel preponderante, uno intenta encubrir al otro, debido a que la identidad del *sujet* es narrada desde su interioridad y el cuerpo de ese ser es narrado partiendo de los movimientos de la alteridad.

En otro plano, las pasiones se presentan desde el espacio de la intimidad, desde lo privado, donde el individuo ama, sueña, sufre,

desea, padece, experimenta esas pasiones lleno de afectos, emociones, sentimientos y estados de ánimo, en la cual el cuerpo de él se expresa a través de palabras, gestos, movimientos, posición, actitud, debido a la diversidad de culturas y lenguajes que forman parte del hombre y de la sociedad como tal. Por consiguiente el ser humano utiliza todos estos elementos para lograr comunicarse e intercambiar ideas, tomando en cuenta las reglas impuestas por la sociedad para así expresarse a partir de lo que percibe su cuerpo, desde su identidad personal.

El personaje en el relato vive todas esas pasiones y por medio de su cuerpo las expresa, desde su interioridad junto con sus experiencias vividas, de culturas y creencias diferentes; es por ello que el ser está sujeto a los cambios de la sociedad y en determinados momentos dichos cambios hacen que éste tenga un choque en su espacio de lo interno, de lo privado, logrando hacer de esa persona un ser sublime, es decir, un ser visto desde la subjetividad: “La actitud hacia el cuerpo propio y ajeno forma parte de una historia ligada al desarrollo de la subjetividad y sus rituales íntimos” (Scarano, 2009, p.214).

No obstante, aunque el cuerpo desde un primer momento remite a la existencia de la vida donde sólo puede ser visto como un signo de presentación, al transcurrir el tiempo dicho cuerpo va transformándose y relacionándose, encontrando todos esos elementos a su alrededor que ya forman parte de su vida y va padeciendo esos sentimientos percibidos, originando otra visión personal para luego comunicarla y hacerla colectiva. Al respecto señala Breton (1992) citado por Scarano (2009):

La corporeidad humana es un fenómeno social y cultural, materia simbólica, objeto de representaciones y de imaginarios”, “vector semántico por medio del cual se construye la evidencia de la relación con el mundo. (p.215).

Por otro lado tenemos a la corporeidad como un camino que conduce a la comprensión

en un determinado contexto, para tal efecto, Pérez y Santagada (2010) citando a Duch y Mélich (2005), define corporeidad como: “la concreción *propia*, identificante e identificadora, de la presencia corporal del ser humano en su mundo, que constantemente, se ve constreñida al uso y al trabajo con símbolos” (p.153).

Aunque, el cuerpo se pueda sentir liberado de ciertas ataduras conllevándolo al placer, también ese cuerpo puede sentirse dominado por las fuerzas de un poder gobernante, haciendo padecer trabajos fuertes a dicho cuerpo. En este sentido Breton (1992) citado por Scarano (2009) dice:

Por eso, cuando habla de “tecnologías políticas del cuerpo” se refiere a esas difusas estrategias de poder que actúan de manera fragmentaria e inconexa a través de las instituciones, la historia, los discursos. (p.216).

Es importante señalar, los elementos tanto sociales como culturales que afectan al individuo desde su interioridad, debido a ciertas situaciones se involucran en él directamente, haciéndolo reaccionar ante las circunstancias presentadas, expresándose por medio de su cuerpo, con diferentes manifestaciones y partiendo de esa primera percepción genera en éste ciertas afecciones o emociones que lo intimidan, hasta tal punto de ver su rostro impresionado por tales emociones. Al respecto Scarano (2009) citando a Breton (1999) precisa: “Las emociones son manifestaciones organizadas de la vida afectiva, son las reacciones del individuo a todo lo que afecta su conservación o su mejoramiento, a su ser o su estar – mejor” (p.217).

En consecuencia, el cuerpo del ser humano se puede ver a través de la corporalidad del individuo, como un signo intermediario en el proceso del significado de los sentimientos, utilizando como modelo la experiencia de esas emociones percibidas por la sociedad y que además de relacionarse, se integran en una cultura, determinados así sus sentimientos:

“El cuerpo ordena la experiencia, determina su territorio, subjetiviza el discurso, modeliza el mundo” (Scarano, 2009, p.217).

Partiendo de lo señalado anteriormente se destaca la diversidad de representaciones en la semiótica corporal, pues al hablar de pasión se habla de los cambios producida por la misma, como lo es la enfermedad y la muerte, la primera atrae a la segunda, al derrumbamiento, al fin de un tiempo colapsado en la juventud o en la vejez; la muerte puede llegar en el momento menos pensado o en el instante esperado, pues no cabe duda, la vida desde que se obtiene es un combatir con la muerte, evidentemente: “El cuerpo es lo que nos mantiene unidos a la vida. Estamos afirmados en la corporeidad. Empezamos a vivir como un cuerpo, y sufrimos y morimos con él” (Pérez, 1984, p.31).

En efecto, la muerte no es un simple fenómeno, una simple preocupación o dolor, ella llega sin importar la religión, edad o el hecho de desear o rechazar su existencia en un individuo sano o enfermo porque el hombre está sujeto a movimientos indicadores de que en la vida “todo llega y se va”.

Entonces, la muerte es un factor presente en la novela *BP*, en el movimiento de la vida, aunque sea rechazada, ella se hará presente, al respecto Freud (1923) citado por Kristeva (1991) dice: “Como ignora la negación, el inconsciente ignora a la muerte. Sinónimo de no-goce, equivalente imaginario de la desposesión fálica, la muerte no sabe verse” (Kristeva, 1991, p.28).

En dicha vida sin duda hay pasiones, deseo, odio, vanidad y envidia, estas son de interés en *BP*, para tal efecto se señala a la envidia, ella invade la existencia de los personajes, ella forma parte del carácter de estos, mostrando así lo perverso que podrían ser ante el hecho de mirar los triunfos del otro, o simplemente tener ante sus ojos lo ajeno, por tanto se desea ser dueño de aquello sin importar el nombre del verdadero amo, si es amiga, amante, compañera o vecina, sólo

importa el poseer y disfrutar de las buenas cualidades y bienes del ser al cual se envidia de algún modo.

La semiótica del cuerpo enfermo

En el texto, el cuerpo forma parte de la pluralidad, de un orden simbólico entre conductas y acciones, él remite múltiples significantes en los imaginarios culturales. En *BP*, dicha temática es de interés, allí la representación de cuerpos señala una conexión constituida por movimientos y acontecimientos, aquí también se reconstruye una realidad estructurada en relaciones corpóreas: sexuales, de curación y destrucción, involucra al cuerpo en un inicio y en un final centrado por la muerte resultante de una enfermedad.

Entonces, considerando la noción de semiótica del cuerpo, se estudia un relato, *Boquitas Pintadas* de Manuel Puig, donde el cuerpo enfermo posee una significación que se convierte en objeto relevante para la cultura, podríamos decir, que genera una semiosfera con identidad individual y colectiva identificable. El cuerpo enfermo representa un cuerpo minusválido, decadente, consumido, va careciendo de un sustento comunicativo, este cuerpo es recluido, es sinónimo de contagio, es habitado en la periferia, pero también busca una salida, opta por los beneficios de la ciencia, piensa en una mejoría como solución.

Se discute aquí la semiótica del cuerpo enfermo, a través de la representación de los cuerpos de Juan Carlos y Nérida, dos cuerpos enfermos en un ahora, antes y después.

Ahora bien, en la humanidad existen muchos signos que se pueden estudiar desde diferentes perspectivas para así obtener un significado lógico y coherente como ya se dijo anteriormente. Por lo tanto, el cuerpo enfermo es el signo o el objeto estudiado, por un lado tenemos a Juan Carlos Jacinto Eusebio Etchepare quien es uno de los personajes más emblemáticos de la historia narrada en la novela *BP*, debido a que representa la lujuria,

el típico hombre seductor, manipulador, egocéntrico, sólo piensa en sus ambiciones y vicios como lo es el juego, el alcohol, los cigarrillos y las mujeres, entonces:

Detrás de la fotografía se lee el siguiente texto: “mi amor: este fue el día más felis de mi vida. ¡Nunca soñé que pudiera hacerte mía! El día de la primavera. Escondé esta foto hasta que se arregle todo. Te escribo estas indiscreciones a propósito así no la podés mostrar a nadie, porque en esa pose parezco un pabote y un poco “alegre”. Ya sabés que por ahí me quieren hacer fama de borrachín (Puig, 1980, p.43).

Cabe destacar, que durante la trayectoria de este personaje existieron varias mujeres y con cada una de ellas vivió diferentes etapas, de alguna manera estas marcaron su existencia, sin embargo con ninguna fue sincero, ello sin importar los sentimientos de la única mujer que lo amo verdaderamente, Nélica Enriqueta Fernández también conocida como la Nené, en tal sentido expresa: “Yo lo quise mucho, señora, perdóneme todo el mal que pude hacer, fue todo por amor” (Puig, 1980, p.19).

El vivir una vida llena de placeres y libertinaje topó a ese cuerpo con algo inesperado, se da paso a una enfermedad, cuya estadía se transformó poco a poco en una destrucción, bien: “estaba algo delicado de los pulmones, según lo revelaban los análisis resientes ¡padece de un principio de cierta enfermedad altamente contagiosa!” (Puig, 1980, p.47).

En efecto, Juan Carlos es poseedor de la tuberculosis, una enfermedad que lo marcó para el resto de sus días, hasta llevarlo a la muerte, de tal manera:

Con el joven (...) nos embarcamos en una aventura, difícil en muchos casos, en la que no sólo conocemos la vida de estos personajes en un sanatorio para tuberculosos, sino también la reflexión sobre un mundo en crisis. (Márquez, 2004, p.28).

Dicha enfermedad, no fue en Etchepare ningún obstáculo para continuar con su vida de placeres, pues no tenía en cuenta la gravedad de la enfermedad ya padecida, no le dio gran importancia, ni siquiera le afectaba mantener relaciones sexuales o peor aún, contagiar a alguien, para él la prioridad era saciar sus deseos. En este orden de ideas tenemos a Pérez el cual define la tuberculosis como: “una enfermedad transmisible y contagiosa que se adquiere tanto por vía respiratoria como digestiva” (2000, p.68).

Ante esta situación, Juan Carlos seguía como el Don Juan quien admirado por su físico y figura atlética “joven de pelo castaño claro largo cubriéndole las orejas, figura atlética e invariable sonrisa” (Puig, 1980, p.39), era deseado, cualquier mujer quería caer rendida a sus pies, muchas de ellas sabían sobre la existencia de la enfermedad presente en ese cuerpo visto como objeto del deseo, pero otras ignoraban dicha existencia y él no se asumió como porta voz de la misma, ignoraba su enfermedad, desdice su mismidad, no la asume.

Hay un cuerpo que se muda, cambia de residencia, bien nace la noción de aceptación y la búsqueda de liberación, entendida esta última como sanidad corporal, en la identidad del destino como una muerte prevista. El cuerpo de Juan Carlos para Nené y María Mabel Sáenz, es sinónimo de contagio y para estas la muerte no será bienvenida, con la enfermedad no se puede ocultar, pero es negada en un espacio íntimo, se da paso a apagar el fuego del placer.

En el transcurrir del tiempo, los síntomas del cuerpo enfermo son mayores, comía y bebía todo lo que le preparaba su madre y su hermana: “Sopa de cabello de ángel, después carne a la plancha y puré. El bife de Juan Carlos era alto y jugoso, poco cocido, a su gusto” (Puig, 1980, p.63), seguidamente los indicios de la tuberculosis se hacían más notorios, su salud empeoraba después de cada ducha, por consiguiente: “la serie de resfríos y bronquitis a veces se había sentido

muy acalorado después de una ducha” (Puig, 1980, p.63).

Sin embargo, Juan Carlos a pesar de tener algunas consideraciones con su salud, estaba más atento de su presencia física, si debía afeitarse o no para salir a la calle o si contaba con algún dinero para jugarlo en el bar que siempre frecuentaba *La Unión*, posteriormente, como ya era costumbre, él iba a visitar a Nélida y más tarde a Mabel con quien se quedaba hasta altas horas de la madrugada, dicha cotidianidad daba como resultado un avance en la enfermedad, síntomas, gestos, actitudes que encubren la semiótica de la enfermedad.

En este orden de ideas encontramos:

Una hora después sintió picor en la garganta, reprimió la tos (...) Tenía los pies fríos, de la cintura para arriba se le desprendía en cambio un vaho caliente (...) El picor de la garganta recrudeció. Juan Carlos rápidamente quitó el envoltorio a los terrones de azúcar y sin esperar que se disolviera apuró el pocillo entero. Con disimulo se tocó la frente, caliente pero todavía seca, pensó que la culpa de todo la debía tener el portón frío de la casa de Nené. Recién entonces recordó que ella ya habría pasado por la vereda (Puig, 1980, p.67).

En consecuencia, Etchepare confiado de su buena suerte con la belleza femenina, se deja llevar por las pasiones, no obstante, él creía que tan sólo tomando bebidas calientes y teniendo algunas pequeñas precauciones eran suficientes para curarse del todo, es así como:

(...) tomó en la cama una taza de té casi hirviente, con la convicción de que ese calor le haría bien al pecho. Pensó en la posibilidad de beber constantemente cosas muy calientes y envolverse en paños calientes, con los pies junto a una bolsa de agua caliente, la cabeza envuelta en una bufanda de lana con únicamente la nariz y la boca descubiertas, para terminar con la debilidad de su aparato respiratorio. Pensó en la posibilidad de aguantar sofocado días y semanas en

cama, hasta que el calor seco terminase con la humedad de sus pulmones: la humedad y el frío hacían brotar musgo de sus pulmones (Puig, 1980, p.61).

Juan Carlos no tomó todas las precauciones que debía seguir, no se preocupó por su enfermedad, su obsesión por los vicios pudo más y a pesar de mostrarse como un hombre fuerte por su bello y escultural físico, al final ese cuerpo que lo hacía sentirse orgulloso fue quien acabó por terminar de avanzar su enfermedad y llevarlo a la declinación, a la caída final.

En *BP* hay cuerpos enfermos, uno es el de Juan Carlos, expuesto anteriormente, otro es el de Nélida. Esta es una joven sana, pero la temporalidad todo lo cambió, en un antes, niña arropada con la presencia de la figura materna y paterna, en un ahora, envuelta de belleza e ingenuidad, en tal sentido, está el Doctor Aschero, él llegó a la vida de Nené, ella trabajó junto a este como enfermera, pero la identidad del doctor estaba falseada, tenía a una esposa engañada, siempre se aprovechaba de las mujeres cercanas, una de estas fue Nené, Aschero representa la infidelidad, el abuso e irrespeto, entonces:

(...) yo tenía diecinueve años y me pusieron a aprender de enfermera con Aschero. Un día en el consultorio no había nadie y yo tenía tos y me empezó a auscultar. En seguida se le fue la mano y me empezó a acariciar y yo me escapé al bañito roja de vergüenza, me puse la blusa de nuevo y le dije que la culpa era mía, que me disculpaba por haberme querido ahorrar la visita a otro médico (Puig, 1980, p.28).

Nélida, con un novio ideal, con amigas y trabajo, con posición social poco favorable; finalmente en un después, este marcado por el cansancio, la monotonía y tristeza, por el vacío ante la evocación de su amor joven.

En el cuerpo de Nélida vive una enfermedad maligna, el cáncer, bien: “los análisis revelaron un tumor canceroso en la columna vertebral” (Puig, 1980, p.251), enfermedad que la conduce a la agonía y

delirio, tal como una esfera mortuoria, sin embargo, ella a diferencia de Juan Carlos estuvo bajo el cuidado directo de la familia, de hijos, nueras y esposo, bien: “Salieron de la habitación su hijo mayor, el doctor en medicina Luis Alberto Massa, y su hija política, la cual atendía a la enferma” (Puig, 1980, p.251).

Nélida Fernández en doce años de matrimonio pudo mantener firme un patrón de hogar, sus hijos pudieron estudiar a diferencia de ella, conto con una mucama, con un marido responsable y respetuoso, vivió dentro de una rutina y no dejó a un lado la práctica religiosa, lo sagrado consagró su final, en efecto: “El día anterior a su muerte recibió la extremaunción” (Puig, 1980, p.251), así como también pudo confiar a su marido su última voluntad. Cabe señalar al personaje Celina, este al final de la trama no logró destruir una relación con un equilibrio evidentemente normal, fue la temporalidad quien expiró esta historia de cuerpos enfermos, se cumplió el canon eclesiástico:

(...) el hombre dejará a su padre y a su madre para unirse a su esposa, y los dos serán como una sola persona. Así que ya no son dos, sino uno solo. De modo que el hombre no debe separar lo que Dios ha unido. (Biblia, 2002, p.1495)

Aquí, el cuerpo indica sanidad, contagio y destrucción en una semiosfera centrada por la huella del tiempo en el cual la acción del narrador ha sido jugar en un ir y venir de un ahora, antes y después, esto expuesto en grafías públicas y privadas colmadas de pasiones.

Cuerpo: “Idem”-“Ipse”

El cuerpo es un elemento constitutivo de la semiótica, un cuerpo no se representa ni se mueve sin pasión, pasiones vistas en *BP* y en un proceso mimético. Son muchas las pasiones, pasiones malas y pasiones buenas, pasiones claras, oscuras, criticadas por la sociedad, rechazadas por la iglesia, presentes en el cuerpo masculino y femenino.

Recordando a Fabbri tenemos:

Desde el comienzo de su tratado sobre las *Pasiones del alma* Descartes sostiene que la pasión es el punto de vista sobre la acción por parte del que la recibe. Se trata, como pueden ver, de un modelo muy sencillo, gramatical y al mismo tiempo comunicativo: alguien actúa sobre otro, que le impresiona, le “afecta”, en el sentido de que el afecto es una afección. Y el punto de vista de ese otro, el punto de vista de quien padece el efecto de la acción, es una pasión. De alguna manera, pues, el efecto de la acción del otro es un afecto o mejor dicho una pasión (Fabbri, 2004, p.61).

Una de estas pasiones es la envidia, así pues, el ser que posee la pasión denominada envidia puede llegar a sentir odio, esa envidia tan grande y perversa produce alegría por el dolor ajeno, en su gran mayoría esta pasión nace y se hace sentir entre los grupos de amigos, el bien del otro es el mal de este, tal pasión produce un odio a sí mismo y al otro, es decir, un “idem” que va de la mano con el “ipse”. El envidioso expulsa su furia mediante la venganza, una venganza segada en la temporalidad, entonces: “pienso si Celina no hubiese hablado mal de mí, a lo mejor a estas horas Juan Carlos estaba vivo, y casado con alguna buena chica, o conmigo” (Puig, 1980, p.21).

Esta pasión interfiere en la felicidad de Celina, ella es una de las protagonista de la envidia, es una mujer cargada de odio y sed de venganza, piensa en la destrucción de Nené, la infelicidad de esta es la alegría para Celina, ella piensa en el mal, en el poder recibir malas noticias para destruir, por consiguiente:

– Mamá, me dijeron una cosa... que me puso muy contenta. - ¿Qué cosa? – Me dijeron que aquella asquerosa de la Nené está en líos con el marido. -¿Quién te dijo? – Se dice el pecado pero no el pecador. – Nena, no seas así, contame. – No, me hicieron jurar que no dijera nada, conformate con que te digo eso (Puig, 1980, p.238).

Por otra parte, se señala a Francisco Catalino Páez, *amigo* de Juan Carlos, este es símbolo de pobreza, él:

No poseía reloj despertador (...) al fondo del terreno en que se levantaba el rancho estaba la bomba hidráulica (...) En una cama grande dormían sus dos hermanas, arrinconado en el catre de lona dormía su hermano. La cama de Pancho tenía un elástico a resorte y colchón de estopa. El piso era de tierra, las paredes de adobe, el techo de chapas. En el otro cuarto que completaba la casa dormían sus padres con el hijo menor, de siete años. Pancho era el mayor de los varones. La cocina estaba en construcción. Pancho la había empezado con materiales para edificación moderna, de segunda mano (Puig, 1980, p.p.76 - 77).

No obstante la trayectoria del *sujet* hizo de eso una variación, Francisco, también llamado Pancho se caracteriza por ser un hombre trabajador, Juan compartió las aventuras vividas con las mujeres de Vallejos, Pancho solía dar consejos positivos respecto a esas aventuras poco aceptables, pero en un determinado momento la envidia se fue notando, él deseaba a las mujeres de su *amigo*, en efecto: “Pancho sin saber por qué se imaginó a Nené dormida con las piernas entreabiertas, sin vello en el pubis, como una niña, y a la tienda en verano iba sin medias” (Puig, 1980, p.79).

En consecuencia, no es sólo Celina el ser envidioso, de igual forma se revela Pancho, dentro de su imaginario esta Nélide, la mujer más bella, la que desearía tener debajo de sus sabanas, por otra parte, esta Mabel, personaje pasional, igualmente vista entre fuegos eróticos “si me vengo esta noche. ¿A qué hora se duerme su mamá? *Ya la agarré y no la suelto* - A eso de las doce ya seguro que está dormida (...) – Entonces a esa hora esta noche vengo sin falta” (Puig, 1980, p.167), mujeres prohibidas para este ante la sociedad y el *amigo*. El “idem”, el cuerpo y su identidad, la mismidad se mueve en el “ipse”, en la alteridad, la pasión puede ser una enfermedad, un deseo, un signo, una

mejoría que viene desde fuera y ejecuta sobre el cuerpo un efecto: el cuerpo se mueve bajo el efecto de lo social.

Nélide y Mabel formaban parte de lo ajeno, estas mujeres eran de Juan Carlos no de Pancho, Nené fue un producto prohibido desde un cuerpo palpable no desde un imaginario a diferencia de Mabel, la cual si mantuvo ese acercamiento corporal, Pancho deseaba la mujer del otro.

También podemos observar en Mabel y Celina una semejanza con la hipocresía, tanto una como la otra sabían hacer su papel ante la presencia del otro, ante el que está al frente de ellas; aunque cada una tenía sus diferentes razones, el propósito era el mismo, Juan Carlos. Su hermana pretendía que se casara con Mabel por su clase social y Mabel tenía a Juan Carlos pero sólo para satisfacción de ella.

Los personajes de *BP*, de alguna manera en la trama narrada, se relacionan y a pesar de su mismidad, están expuestos a sufrir cambios en donde la sociedad los obligaba a cumplir normas o leyes, alterando en estos su “idem” para convertirse en “ipse”, es decir, la identidad de cada ser desde la alteridad se encubre en “ipse”.

Sujet de la muerte

BP inicia y culmina con la muerte, en un primer momento, el suceso es publicado en la “Revista Nuestra Vecindad”, finalmente tenemos la de Nélide Fernández, es el narrador quien se encarga de anunciarlo, Nélide deja esposo, hijos, nieta y yernas, en efecto, la novela es reflejada dentro de un eje fundamental para la literatura y la esencia humana, en la realidad de la temporalidad, en el inicio y fin. En esta dirección cabe señalar:

Quiéralo o no, el hombre se está enfrentando diariamente a su temporalidad. Por mucho que trate de alejar de sí todo pensamiento funesto la propia vida le estará recordando a cada paso su miseria ontológica. No conoce

la muerte, pero la siente funcionar ocultamente en su interior. Sabe que todo se reduce a ella, que ella es la única apelación de sus actos y que sólo desde la muerte deberá interpretar cuanto existe (Pérez, 1983, p.p.118-119).

El ser transcurre su existencia en un constante soñar y recordar, está enfrascado en la temporalidad sin darse cuenta que llegará el día en donde no podrá despertar y si del amor se trata, muchas veces se desea ese eterno dormir, pues es una posibilidad vista como unión, en un mundo donde el amor es la verdad, se lucha por encontrar el efecto final.

Nélida, una joven llena de ilusión, se aleja de su amado, las circunstancias la obligan a tomar una decisión, la cual conduce a un camino de frustración, su mayor destrucción es la monotonía, el saber que no siente lo que es llamado felicidad, sólo existe un contexto de mentiras y apariencias, ello dejando como manifestación un deseo de muerte, pero este posible acontecimiento, sería para la Nené un comienzo o continuación de una existencia conjugada con el amor: Juan Carlos, en tal sentido: “No aguanto más esta vida, todos los días lo mismo” (Puig, 1980, p.30).

Nené, un ser de la nostalgia, quiere evadir la realidad y se inmersa en el mundo de los recuerdos “A la noche me despierto muchas veces sin querer y me pongo a pensar en Juan Carlos” (Puig, 1980, p.11), añorando querer estar con Juan Carlos aun después de la muerte, no acepta el destino de su vida, en ella hay una negación de su propia identidad, anhelando compartir sus sentimientos con su gran amor, tanto es así que claramente se observa el deseo de querer morir para estar junto a su único amor y como ella creía en la resurrección; resurrección que significaba para ella el comienzo de otra vida pero con Juan Carlos, por esto: “cuando sea el diluvio universal, y el juicio final, yo quiero irme con Juan Carlos (...) la resurrección del alma y el cuerpo, por eso yo me desesperaba si me lo cremaban...” (Puig, 1980, p.32).

Para ella su constante recordar es su felicidad, es así como logra vivir esos bellos momentos compuestos de besos y caricias, de temores y deseos, sin embargo, la realidad es otra, ya Juan Carlos se ha ido, la muerte se hizo presente y lo que más se desea es estar con él. Nélida desea estar al lado de su único amor, piensa que estaría hasta después de la resurrección, además: “Para el cristiano la muerte no es el termino absoluto, sino el comienzo de una realidad superior. No es un fracaso, sino un triunfo, no es la nada, sino la plenitud” (Pérez, 1984, p.120).

Nélida tiene la esperanza de estar con Juan Carlos después de la muerte: “La esperanza, fuerte brújula orientada al placer o la felicidad, es ilusión para algunos y carisma para otros” (Bordelois, 2008, p.108).

Por otro lado, Nené también representa la iglesia, ella una figura de la religión católica, trataba de cumplir las leyes de la iglesia, no estaba de acuerdo con la cremación, así pues:

(...) resulta que Juan Carlos me dijo más de una vez que a él cuando se muriese quería que lo cremaran. Yo creo que está mal visto por la religión católica, porque el catecismo dice que después del juicio final vendrá la resurrección del cuerpo y el alma (Puig, 1980, p.12).

Nélida creía en la resurrección y antes de morir pidió llevarse con ella el reloj de su hijo, el cual se lo obsequio el día de la primera comunión, además el anillo del esposo con el cual se unieron en matrimonio, objeto que simboliza:

Anillo. Como todas las figuras redondas y cerradas, es un símbolo de la continuidad y de la totalidad, por lo cual ha servido lo mismo como emblema del matrimonio (como la pulsera y por igual razón) o del tiempo en eterno retorno (Cirlot, 1957, p. 84).

Tanto el reloj como el anillo semióticamente son signos con una gran carga de significado por representar los designios de la ley católica, de tal manera, el anillo y la

resurrección dan paso a la “continuidad”, al tiempo cíclico en la cual el ser humano nace, crece, se desarrolla y muere en un lugar, en un tiempo determinado y en ese instante puede estar naciendo otro ser a la misma hora, el mismo día, en el preciso momento que parte este otro. De este modo:

(...) su deseo era que en el ataúd le colocaran, dentro de un puño, otros objetos (...) el pequeño reloj pulsera infantil que su segundo hijo había recibido como regalo de ella al tomar la primera comunión y el anillo de compromiso de su esposo (Puig, 1980, p.p.251-252).

Tiempo y círculo. La muerte paradójicamente se muestra como recuperación del tiempo infantil, el reloj y la unión eterna, el anillo, pero reloj y anillo son símbolos terrenales. A su vez la muerte es garantía de unión con el que no fue, el atributo a la esperanza: Juan Carlos.

Nené antes de morir le hace otra petición a su esposo, ya encontrándose en agonía, aproximándose a la hora de su partida para posiblemente unirse a Juan Carlos, pide a su esposo quemar las cartas, dicha acción vista como el final del mundo terrenal, pero también como precaución, quemadas las cartas se cierra un pasado y un futuro, bien:

Además quería que las cartas guardadas por el escribano fueran destruidas y su esposo mismo debía hacerlo, pues ella temía que alguien joven e insolente un día las leyera y se burlase. Su marido prometió satisfacer todos los pedidos (Puig, 1980, p.252).

Entonces, las cartas que pertenecían a su intimidad si fueron quemadas, quedando sólo las cenizas de ese amor prohibido y destruido por su hermana y por la enfermedad que lo marco para el resto de sus días.

Por otro lado, tenemos a la muerte como el *sujet* difícil de evitar, Juan Carlos es el hombre enfermo y la muerte es el final, aunque no se desea, la realidad es su existencia, la muerte está allí, cerca del cuerpo contagioso,

minusválido, totalmente carente de salud. La muerte, todo lo que inicia culmina, el fin se aproxima y junto a él el miedo “Nos estamos muriendo desde que nacemos” (Pérez, 1984, p.116), aunque se podría afirmar, desde el momento en el que el ser humano es engendrado en el vientre materno, se hace presente la muerte, esta es una realidad reflejada en un acontecimiento encontrado dentro o fuera del mundo literario.

En este orden de ideas tenemos a:

Juan Carlos pensó en la posibilidad (...) de que se hubiera descubierto un inmenso malentendido de radiografías: aquella placa con una leve sombra en el pulmón derecho no era la suya sino otra, la de un pobre condenado a morir después de dos o tres años privándose de mujeres y demás juergas (Puig, 1980, p.64).

El hombre posee una gran capacidad, él conoce la realidad de mundos donde la muerte puede ser deseada o esperada para enfrentarla como ser humano, el sabe que la muerte llegará sin la necesidad de ser recordada como punto de alerta, sólo en la conciencia como parte del destino o designio divino, al respecto tenemos.

La muerte es nuestro definidor primario, la revelación de la esencia del ser mismo. No es un pasivo acabamiento, la última estación del recorrido, sino una forma de vida, una dinámica que sentimos funcionar en nuestro interior. (Pérez, 1984, p.117).

La muerte es para quien la espera, una “sanación”, una salida o un querer morir y no saber que pronto vendrá: “Los moribundos son los últimos en revelarnos lo que es la muerte, porque nadie como el que se va a morir se aferra a la vida con más brío” (Pérez, 1984, p.118).

Unos personajes mueren por un *sujet* distinto a otro, Juan Carlos por la tuberculosis, Pancho por una puñalada, cabe señalar que dicho acto es narrado de forma drástica o bien de forma análoga, entonces:

(...) le tajeó como un cuchillo la carne, pasó entre las costillas ¡y le partió en dos el corazón! y de un cuchillazo le corté el ala a un pollo pelado, la cabeza, las patas, le saqué el hígado y el corazón, es chiquito el corazón del pollo, y a una gallina la pelé, le di un cuchillazo y adentro estaba llena de huevitos, hervidos con aceite y sal le gustan a la madre de la niña Mabel ¿ el corazón de una gallina es más grande que el corazón de un pollo? y no importa que no me pidas perdón, yo sé que vos podés pretender más, una chica que no sea sirvienta (Puig, 1980, p.p.175-176).

Por último, la muerte de Nené, ser de la temporalidad arrojada a la culminación gracias al cáncer. El *sujet* de la muerte llegará, es la realidad. La enfermedad fue signo indicador de esto, en tal sentido: “La enfermedad es siempre reveladora; diría que es el cauce de un proceso de introspección al final del cual el hombre llega a encontrarse a sí mismo” (Pérez, 1984, p.53). Todo expira, culmina, termina.

Conclusiones

El hombre en el mundo del arte hace de sus sensaciones un viaje por la pluralidad, él explora los textos cargados de signos y símbolos, pues cada texto posee una historia con identidades, con cuerpos que se leen en el interpretar de la vida humana y narrada. Somos seres pensantes, invitados al diálogo, la novela es apropiada para esto, en ella existe un sinfín de representaciones, puente de lectura para un contexto habitable por la realidad y la ficción, en este sentido: “hay que decir que sólo nos comprendemos mediante el gran rodeo de los signos de la humanidad depositados en la obra cultural” (Ricoeur, 2001, p.109).

Entonces, partiendo de la semiótica del cuerpo se ha explicado una de las grandes obras de Manuel Puig *Boquitas Pintadas*, novela cargada de signos, de cuerpos, pasiones y máscaras, pues en ella existen personajes con identidades falseadas, mujeres con boquitas pintadas, pintadas de falsedad, de colores

rojos, símbolo de pasión, de colores oscuros, símbolo de muerte y sufrimiento.

Referencias bibliográficas:

- Barthes, R. (1991). *Fragmentos de un discurso amoroso*. Siglo XXI. Editores: Madrid.
- Barreto, J. (2010). *Comunicación Paradójica entre Novela y Cultura en Ídolos Rotos. Una mediación semiótica y hermenéutica*. Tesis Doctoral, Universidad del Zulia, Maracaibo (Inédita).
- Biblia. (2002). *Sociedades Bíblicas Venezolanas*. Zulia – Venezuela.
- Bordelois, I. (2008). *Etimología de las pasiones*. Monte Ávila Editores Latinoamericana: Caracas.
- Bravo, V. (1993). *Ironía de la literatura*. Universidad del Zulia: Maracaibo – Venezuela.
- Briceño, K. (2011). *Entre la ironía y el kitsch: tres lecturas del relato finisecular venezolano*. Trabajo de Grado para optar al Título de: Magister en Literatura Latinoamericana, Universidad de los Andes N.U.R.R., Trujillo – Venezuela.
- Cirlot, J. (1954-1957). *Diccionario de símbolos Tradicionales*.
- Fabbri, P. (2004). *El giro semiótico*. Editorial Gedisa: Barcelona.
- Kristeva, J. (1991). *Sol negro. Depresión y melancolía*. Monte Ávila Editores Latinoamericana: Caracas.
- Lotman, I. (1996). *La semiosfera I. Semiótica de la cultura y del texto*. (Selección y traducción del ruso de Desiderio Navarro). Editorial Cátedra: Madrid.
- Márquez M. (2004). *El arte de la lectura*. Consejo nacional de la cultura: Caracas.
- Morris, C. (1985). *Fundamentos de la teoría de los signos*. Ediciones Paidós: Barcelona.

- Pérez, E. (1984). *La muerte como invocación en el hombre y la literatura*. Laia: Barcelona.
- Pérez Cubas, G y Santagada, M. (2010). “La actuación: entre la simulación, el contagio y la creatividad”. En: *Semióticas del Cuerpo*, Colección de Semiotica Latinoamericana, N°8, Universidad del Zulia, Venezuela, p.p. 151-169.
- Pérez, R. (2000). *Microbios y enfermedades*. La Ciencia para Todos: México.
- Puig, M. (1980). *Boquitas pintadas*. Editorial Seix Barral: Barcelona.
- Scarano, L. (2009). “Rituales de intimidad: cuerpo, experiencia y lenguaje”. En: *Celehis*, Revista del Centro de Letras Hispanoamericanas, N°20, Universidad Nacional de Mar Del Plata, Argentina, p.p.205-229.
- Ricoeur, P. (1996). *Sí mismo como otro*. Siglo XXI. Editores: Madrid.
- Ricoeur, P. (2001). *Del texto a la acción*. Fondo de Cultura Económica: Barcelona.